

Una perspectiva sobre la estructuración psíquica



LEONARDO PESKIN¹

Referirnos a la *estructuración psíquica*, en estos términos, nos lleva a un hecho relevante denominando tanto lo estructurado como el proceso mismo de estructuración, o sea, el movimiento. Justamente, la noción de estructuración, en vez de la de estructura, deshace la visión estructuralista y da lugar, en consecuencia, a considerar que todo proceso psíquico es dinámico. Lo estático, lo constante, se produciría a causa de fenómenos repetitivos, o reiterativos, que aparentan ser una forma establecida, fijada de una vez para siempre, aunque en realidad es cambiante e incluye lo imponderable. Estas consideraciones nos sitúan ante el desafío de pensar el psiquismo humano en permanente construcción, demolición y reconstrucción.

Según Lacan, en un psiquismo ya constituido, la pulsión se presenta como permanentemente relanzada en su circuito, y el inconsciente tiene un carácter pulsátil. Tomemos a modo de epígrafe lo que dice en el *Seminario 11*:

La laminilla tiene un borde, se inserta en la zona erógena, es decir, en uno de los orificios del cuerpo, en la medida en que estos orificios están vinculados con la abertura-cierre de la hiancia del inconsciente, tal como lo muestra toda nuestra experiencia.

Las zonas erógenas están vinculadas con el inconsciente porque es allí donde se anuda a ellas la presencia de lo viviente. Hemos descubierto que es

1 Miembro titular (didacta) de la Asociación Psicoanalítica Argentina. leonardopeskin@hotmail.com

el órgano de la libido, la laminilla, precisamente, enlaza con el inconsciente a la pulsión llamada oral, la anal, a las que yo agrego la pulsión escópica y otra que casi podríamos llamar la pulsión invocante, cuyo privilegio, como se lo dije incidentalmente —nada de lo que digo es enteramente en broma— es no poder cerrarse. (Lacan, 1964, p. 207)

Podemos hacer una analogía con los procesos biológicos en relación con mecanismos anabólicos y catabólicos, incluyendo los fenómenos de apoptosis, aplicables a la configuración psíquica desde el momento mismo del nacimiento, y quizás antes. En esa línea analógica, el concepto embriológico de morfogénesis provee un modelo interesante para considerar cómo se van transformando las características de un embrión, que implican desarrollos que luego deben involucionar o se sustituyen por nuevos repliegues que terminan armando los órganos del bebé ya maduro.

Estas premisas generales son psicoanalíticamente imprescindibles para poder concebir una psicología evolutiva, así como la dinámica del funcionamiento en cualquier producción psíquica, sea un pensamiento, una conducta, un conflicto, un síntoma, los duelos o la larga enumeración de eventos que caracterizan la vida de las personas.

Otro concepto trascendente para abordar este tema es la multiplicidad de factores que inciden en la conformación de las características psíquicas de un individuo, así como su variabilidad en el tiempo. Van agregándose nuevos elementos, cambiando intensidades absolutas y relativas a medida que transcurre la vida, las que van incidiendo en la determinación del estilo psicológico de cada persona. Rasgos potenciales se van realizando, y otros van desapareciendo.

Cada disciplina enfatiza en diferentes influencias que entran en juego para que se moldee y funcione de tal o cual manera un aparato psíquico, y según las orientaciones teóricas, se enfatizan las diferentes influencias, sean las culturales, las biológicas, la historia personal o ciertas características de la configuración del inconsciente. Aun dentro mismo del campo psicoanalítico, en algunas propuestas se acentúa tal o cual factor como determinante. Sin embargo, al admitir la complejidad de la sumatoria de factores, incluyendo el tiempo cronológico y los tiempos lógicos, es importante evitar cualquier teoría basada en un único factor, sea este ge-

nético, histórico, traumático o cultural, para comprender por qué el diseño psíquico adquiere cierto formato que lleva a tales o cuales consecuencias.

Las series complementarias freudianas (Freud, 1916-1917/1976) son un ejemplo para construir una ecuación cuyo resultado sea el que se está tratando de comprender, aunque debemos tener en cuenta que detrás de cada término de la ecuación se reabre una nueva multiplicidad de causas. Por ejemplo, lo constitucional incluye la genética, la complexión física, las enfermedades orgánicas potenciales o en curso, la definición anatómica y biológica de la sexuación, la congruencia de las características físicas con el contexto de parientes y el medio que rodean al individuo, la tonicidad muscular, etc., y así podría continuar abriendo el espectro de variables del terreno orgánico sobre el que se desarrolla la subjetividad. Lo mismo acontece con la historia del sujeto esencialmente edípica, pero también la material, y de la misma manera se diversifica el factor desencadenante actual con el que Freud culmina su serie.

A pesar de que estas observaciones preliminares son obvias para cualquier disciplina que aborde un tema en nuestros días, siguen existiendo tendencias a crear un discurso único en el que una causa es esgrimida como dominante. Esto puede deberse a un exceso de simplificación teórica o a razones políticas con pretensiones de acumular adhesiones o manejar algún tipo de poder.

LA DINÁMICA DE LOS PROCESOS PSÍQUICOS

Hay ciertos mecanismos psíquicos que acontecen desde el comienzo del desarrollo del *infans* y rigen todo evento que debe asumir en la vida una persona. La instancia que de una u otra forma tiene protagonismo en un primer momento frente a cualquier estímulo es el Yo. El Yo es un protagonista muy temprano en la vida de un individuo, aunque conceptualmente es controvertido. Si lo pensamos desde Freud, pasa por diferentes momentos teóricos y sufre una multiplicación de tipos de «Yoes». Si hacemos énfasis en la perspectiva que toma Lacan, la forma dominante es la del Yo (*moi*) involucrado en el narcisismo.

Para Freud (1925b/1976), en los inicios habría un yo-realidad que se vincula a las funciones primordiales de funcionamiento vital; este sería

relevado por el yo-placer que es donde podemos ubicar los esbozos iniciales de un psiquismo incipiente. De esta forma primordial se van derivando el yo-ideal y, por procesos de incidencia de lo simbólico, se configura el Ideal del yo.

Tengamos en cuenta que desde la perspectiva lacaniana (Lacan, 1955-1956/1984), toda dinámica psíquica se teoriza a partir de sus tres registros: lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real. No se puede definir cada uno de estos tres sin interrelacionarlos, y esta interactuación tiene anterioridades y posterioridades lógicas, tanto en el desarrollo evolutivo como en las dinámicas de cualquier subjetividad alcanzada. Del mismo modo, consideremos que nunca se articulan de un modo totalmente armonioso, y así emerge un cuarto término que adquiere diversos nombres, uno de los cuales es el de síntoma, pero que también se vincula con la inefable presencia de la angustia y otras producciones que intentan resolver la desarmonía primordial. Así emerge el aforismo lacaniano «no hay relación sexual» (Lacan 1968-1969/2008, p. 199), que condensa la consecuencia de esta inadecuación primordial. Es momento de referir esta desarmonía a que cada registro representa factores heterogéneos. A modo de ejemplo, lo Real se liga al impacto sensorial de todo lo percibido, que, siguiendo a Freud (1900/1976), nunca deja de ser un resto sensorial. A partir de la nueva acción psíquica que es la formación del Yo, lo Imaginario será la forma que intenta hacer psíquicamente concebible el puro estímulo percibido, y lo Simbólico, que está al acecho y busca ser determinante, siempre intentará darle una relación con el Saber que emana del Otro cultural que rodea al *infans*.

El impacto sensorial convoca al cuerpo en diferentes niveles, desde la respuesta refleja neurobiológica, que será cuasianimal, hasta la creación de la pulsión y sus objetos, tarea a conquistar en la articulación de lo real del estímulo y el cercado simbólico-imaginario que permiten producir un enigmático objeto, que Lacan (Peskin, 2004) denominó *objeto a*. Este objeto es enigmático en tanto objeto que *no es* un objeto, tal como definimos objeto en psicología o en psicoanálisis como un objeto «objetivable». Se trata, más bien, de un objeto teórico que se podría inferir por sus efectos al producir angustia o síntomas, o causar el deseo, y también por promover los *acting-out*, o pasajes al acto, cuando no logra encausarse en la transferencia. En definitiva, juega ese vaivén entre el objeto de la pulsión

y el objeto perdido del deseo freudiano. Quedaría más del lado del objeto pulsional, que para Freud es contingente, y remite a satisfacer una pulsión parcial. Para Lacan habría especies del *objeto a* vinculados a lo oral (el seno), lo anal (las heces), la mirada (lo escópico), la voz (lo invocante), que si logran ordenarse se inscriben dentro de la significación fálica. Pero siempre conservan una suerte de «identidad» al demandar una satisfacción (goce) específico que calme la demanda de la zona corporal desde la que emanan. Como venimos sosteniendo (Peskin, 2004), esta secuencia lógica de creación de *objetos a* no es tan ordenada: tiene idas y vueltas en el largo proceso de construcción y reconstrucción permanente de la subjetividad y de la realidad en la que esta se inscribe; o, dicho de otra manera, es la realidad que en cierto momento subjetivo se configura como envoltorio de lo real que insiste.

Como ejemplo de las dificultades de secuenciar estos pasos, podemos ubicar lo Real inicial con relación al yo-realidad freudiano. Sin embargo, no es inadecuado afirmar que lo Imaginario es sinónimo de psiquismo, es decir, que todo lo concebible requiere de la operatoria de lo Imaginario. Esta aparente dificultad se zanja justamente por el salto teórico freudiano de interponer el narcisismo entre lo Real que involucra al yo-realidad primitivo y las primeras formas de un Imaginario que pasa a ser narcisista. Desde una primera propuesta de Freud, esas formas prenarcisistas serían autoeróticas; luego, el autoerotismo pasa a ser la práctica sexual primaria del narcisismo. Como resulta obvio, qué ocurre antes y qué después siempre es relativo: los procesos de resignificación conservan su plena vigencia.

El registro Imaginario trasciende lo yoico, y es así que encontramos un Imaginario no narcisista. Por estas razones, en el supuesto origen de un protosujeto habría formas de encuentro entre lo Real y lo Imaginario, que luego serían inconcebibles desde la perspectiva de un Yo constituido, pero que van a incidir en fenómenos emocionales primordiales. Luego, el Yo intenta cubrirlos dándoles la condición que satisfaga el pretendido placer unificante del narcisismo. Justamente, esas formas de encuentro de lo Imaginario con lo Real tendrán mucho protagonismo en los fenómenos emocionales como el pasaje al acto, la psicósomática y algunas producciones psicóticas. El registro Simbólico que podemos ubicar como el tercer registro —lo cual no necesariamente supone que se encuentre

en un tercer lugar— es lo que antecede a las posibilidades de desenvolvimiento de toda la dinámica psíquica, sea operando a través de los padres o del contexto general sociocultural donde un sujeto sobrevive. Sin la organización simbólica y el determinismo de un lenguaje, sea cual fuere, no hay chances de supervivencia humana. Si el que cría a un niño es un animal, como ha acontecido con los denominados niños salvajes, o lobos, la subjetividad que se alcanza está lejos de la humanización, y esos hechos son extremadamente excepcionales; lo más probable es que si hay ausencia de simbolización humanizante, lo que acontezca sea la muerte. Aclaro que lo Simbólico, como registro, se refiere al del humano, ya que existen capacidades simbólicas en los animales, pero son muy diferentes a las que se organizan en los humanos mediante las operaciones metafóricas y metonímicas con la estabilización de algún organizador, teorizado como Nombre del Padre.

Freud (1915) ubica mecanismos psíquicos prerrepresivos y posteriores a la instalación de la represión, lo cual no invalida que después de la operatoria de la represión sigan vigentes los destinos pulsionales prerrepresivos. Esto resulta válido también para aquello que se desarrolla antes de la configuración del narcisismo y que después de la instalación de la represión y la incidencia del inconsciente simbólico postedípico es acotado, pero sigue imperante.

En Lacan, lo simbólico está ligado al proceso de represión, y él desarrolla una amplia teoría acerca de cómo se configura con relación al gran Otro y la asunción del lenguaje. Sin embargo, el narcisismo con sus reglas yoicas y el Ello en relación con la pulsión siguen insistiendo. Será la represión —como guardiana del inconsciente, estructurado como un lenguaje— la que va a procurar moderar y orientar esas tendencias. Para evitar cierta visión moral del triunfo de la represión, consideremos que esta es un factor agregado imprescindible pero no dominante. Lo que termina aconteciendo es que en la interacción de factores se produce cierta estabilización, todos «contribuyen» a esa estabilización, pero todos la desequilibran cuando se intensifican fuera de la escala lograda. Al fin y al cabo, lo que estamos revisando remeda todo hecho de la naturaleza, sea ecológico, homeostático, climático, geológico u otros, que alcanzan cierto equilibrio entrópico cuando lo logran, aunque subsiste una tendencia

desestabilizante por desequilibrio de factores. Aunque el humano está desarraigado de la naturaleza por la incidencia de la cultura, no deja de ser un mamífero que lucha por sobrevivir y reproducirse como cualquier otra especie. Freud siempre lo tuvo claro (1895/1976) y supo destacar las similitudes y las grandes diferencias con los modelos biológicos. Más allá de cualquier comparación, es evidente que lo humano se construye sobre la base de un desarreglo primordial.

Un tema central en los pasos de culturalización, que inevitablemente producen un malestar, es la vigencia del complejo de Edipo. Sería un largo tema a debatir a qué se refiere Freud al erigirlo en complejo universal. Sin embargo, en la medida que le quitamos las envolturas imaginarias de mamá, papá y el niño, nos encontraremos con el tema que intentamos desarrollar. Un impulso impuesto desde el cuerpo al psiquismo, como definición de pulsión, un límite sin el cual ni siquiera podríamos hablar de pulsión y un objeto siempre parcial, y por ende, frustrante, ya que justamente ha perdido toda chance de ser instintual y, por lo tanto, de unificarse. El triángulo, en definitiva, es una tendencia pulsional que en el mejor de los casos está interdicta por una regla simbólica y la insistencia creadora de un objeto en buena medida ilusorio e inalcanzable para satisfacerse, objeto del deseo o del amor.

Cada uno de estos términos en juego recibe diferentes nombres y se puede caracterizar de distintas maneras, según donde estén interjugando, pero tienen una simplicidad elemental cuando se reducen a sus formas primordiales, como si al referirnos a la historia de cualquier ser vivo, dijéramos: «Nació, vivió y murió». Cómo nació, cómo vivió y cómo murió: los matices hacen singular la vida de cada persona.

DESTACANDO LO SINGULAR

Cualquier enfoque psicoanalítico consistente se refiere más a lo singular que a lo universal. No es que lo universal no rija, ya que mal podríamos hablar de lo singular si no fuera contra el fondo de lo universal; sin embargo, las modulaciones, interacciones e intensidades dan a cada ser humano una singularidad de algún modo irrepetible, aunque haya muchos casos o situaciones clínicas típicos que pueden permitir agrupar modalidades.

Hace poco, al visitar un museo de ciencia que permitía la interacción, observé que existía la posibilidad de brindarle a una computadora algunos rasgos corporales, longitud comparada de los dedos, forma de las orejas, hoyuelos en los cachetes, etc., y respondía con cuántas personas compartíamos un mismo genotipo. Si bien a medida que se agregaban rasgos disminuía la cantidad de individuos con los que esto ocurría, siempre había una cierta cantidad dentro de una población. Como psicoanalistas sabemos que hay personalidades comparables, incluso sorprendentemente parecidas. Por supuesto que lo constitucional interviene, pero también la historia de esa persona, que para Freud siempre es psicosexual, y el momento de vida que le toca vivir. Con relación a esto quizás se podría contraponer la personalidad a la subjetividad.

Evidentemente hay estereotipos que nos hacen decir que tuvimos pacientes o conocemos personas que son como tal o cual, no obstante, será mucho más específico el caso en cuestión cuando nos adentramos en la singularidad. En definitiva, esta se construye a través del modo específico en el que esa persona anudó los factores universales que estamos considerando hasta generar puntos de resolución que, por ejemplo, eluden una psicosis o una patología severa, pero queda el punto irresuelto que se expresa como angustia o dolor psíquico por el que consulta. O, por lo contrario, al explorar la psicosis o la patología severa, observamos la falla grosera de alguna articulación, pero aun así será singular el modo en el que esa persona sobrevive ese desajuste expresado en su delirio u otras producciones psicóticas.

Estos argumentos nos llevan a reconocer que cuando evaluamos a un paciente, sea en entrevistas preliminares al iniciar un tratamiento o al trabajar en una supervisión de un caso que nos traen, no deberíamos jerarquizar tanto lo que tiene en común con un supuesto sujeto normal o con otro caso, sino el poder orientarnos hacia cierta especificidad de lo no resuelto en el anudamiento que esa persona alcanzó a construir. Por supuesto que es trascendente saber si estamos en presencia de una neurosis o una psicosis, pero más allá de esa idea que compara con un universal, es importante comprender el punto de descompensación de lo que en otro momento estaba compensado o aquello que nunca logró estabilizarse y siempre presentó dificultades. Es con relación a esto que lo específico y singular requiere que estemos dispuestos a redescubrir en cada caso lo que ya sabemos de los cua-

dros clínicos, pero que siempre se presenta de modo diferente, vinculado al tema de la estructuración psíquica de esa persona; será cuestión de pensar qué quedó como saldo inevitable y cómo lo está intentando enfrentar.

La angustia adquiere un valor especial a raíz de estas consideraciones, ya que apunta directamente a lo que no está pudiendo encajar de lo real en el anudamiento con lo simbólico y lo imaginario. Luego habrá que conjeturar un cierto porqué, aunque siguiendo a Freud (1920b/1976), siempre podemos conocer los factores relativos, pero no su intensidad. Sin embargo, comprender que algo compensa o algo descompensa nos permite manejar clínicamente muchas situaciones.

Hay algunas situaciones que posibilitan estudiar la estructuración psíquica de un modo más nítido, por ser más primarias. Una es la infancia en sus distintos momentos, otra es la psicosis, también lo son las situaciones de emergencia de angustia y la angustia como orientador en general. Tenemos que agregar los diferentes momentos de pasaje de una situación a otra en la vida: adolescencia, maternidad y paternidad, madurez y vejez. Como eje general, tenemos la dinámica del duelo, que es lo que se pone en juego en todos estos momentos. Intentaré describirlo ahora desde la perspectiva que estamos tratando de dilucidar. Así, como podemos observar, se verifica la idea de que el psiquismo humano está en permanente transformación, aunque de algún modo cada persona sigue teniendo su estilo: volvemos a la idea de una constante diacrónica de lo que alcanzamos a ser en nuestra existencia como sujetos y momentos sincrónicos de replanteos de esa diacronía. Esto hace que podamos reconocer a cada uno en cierta continuidad dentro de su historia de vida y que también veamos cambios psíquicos, algunas veces trascendentales, que implican un reposicionamiento, lo que da esperanza a los tratamientos psicoanalíticos.

EL DUELO COMO CREACIÓN DE UNA FALTA Y MOMENTO CLÍNICO IMPORTANTE PARA EXPLORAR LA DINÁMICA DE CONSTITUCIÓN PSÍQUICA

Hay una condición para poder avanzar en la respuesta frente a una pérdida, y es haber aceptado mucho antes, en los primeros momentos de desarrollo psíquico, que algo hay que perder. Esa falta está situada en la

teoría con relación a la resolución del Edipo (Freud, 1924a/1976; Lacan, 1956-1957/1994). Con este nombre se plantea la conminación a crear una renuncia a lo incestuoso. Si bien la renuncia está planteada en relación con el impedimento de cierta satisfacción sexual vinculada a los consanguíneos, sabemos que de lo que se trata es de simbolizar un límite. Por ende, como saldo del pasaje por el Edipo queda estatuida la vigencia del Nombre del Padre, vigencia simbólica del impedimento y del acceso conceptual a algo que defina un imposible.

El Nombre del Padre como tema teórico es complejo y va variando en el desarrollo del pensamiento de Lacan. Comienza siendo un significante o unos pocos significantes primordiales que dan estabilidad al deslizamiento del significado en el conjunto signifiante (Lacan, 1955-1956/1984). Más tarde, se llega a la conclusión de que tiene que ver con el anudamiento de los tres registros, y aquel de los tres que logre estabilizar el nudo se puede pensar a partir del concepto de la pluralización del Nombre del Padre (Lacan, 1973-1974). Cada uno de los tres registros puede operar para estabilizar el significado y el sentido mediante mecanismos de suplencia. Dentro de esta línea, surge un cuarto término que será testimonio de la suplencia y es vinculable al síntoma en el que la subjetividad se expresa de un modo paradigmático. Dentro de las cuestiones a asumir en la operatoria de este anudamiento, encontramos el agujero de una falta estructurante, que a la vez constituye un factor estabilizante. Así, la carencia biológica de instinto se debe asumir ubicando por vía del significante una falta donde su ubicará el deseo. Que emerja el deseo como realizable mostraría hasta qué punto la falta pudo operar como motor, aunque esto sea el comienzo de algo que aún deba realizarse para que consideremos un desenlace que supere la neurosis.

Es evidente que lo que hay que dar por perdido es algo que ya estaba perdido pero que debe asumirse como faltante. El Edipo es un drama en el que se pretende que por una sucesión de pasos y operaciones se logre simbolizar lo perdido, lo que está en relación con la categoría de la privación de algo que tiene que atravesar la experiencia de frustración para quedar inscripto como castración simbólica. La castración es la condición de ser atravesado por la barra de la represión, y es la pérdida la que promueve la aparición del deseo.

Si bien estos pasos van cambiando de nombre y de mito según las culturas, de todos modos configuran una renuncia que es inexorable. Es en virtud de esta condición universal transcultural que está en debate la nominación de complejo de Edipo. Tiene que haber algún conjunto de mandamientos, leyes, que impidan realizar los crímenes primordiales. Para ello es necesario adquirir las nociones, comprender ese impedimento y renunciar a esa *satisfacción*, lo cual constituye un duelo, una renuncia al goce omnipotente del *hago lo que se me ocurra* sin medir las consecuencias. La forma originaria de este —supuesto— paraíso es míticamente el autoerotismo, o el narcisismo o la vida intrauterina, aunque sabemos que no son tan felices como se añoran.

Este duelo, entonces, lo puede hacer el neurótico en tanto tiene afirmada la falta castratoria por vía de la aceptación del Nombre del Padre. Es así que puede, a diferencia del psicótico y en alguna medida del perverso, encarar una nueva falta en lo real creada por una pérdida actual.

Para Lacan (Peskin, 2003), el duelo es la inversa de la forclusión, ya que se trata de lograr una inscripción, mientras que la forclusión es la no inscripción psicótica. Para lograr esa inscripción podemos afirmar, siguiendo a Freud (1917/1976), que el duelo pone a trabajar todo el conjunto de huellas mnémicas para circunscribir el agujero de la falta y evitar lo que sería una hemorragia libidinal en ese vacío. Las huellas mnémicas freudianas son simbólico-imaginarias, y en el progreso del duelo se va tendiendo a enfatizar más lo simbólico. Se atenúan las vivencias y los sentimientos imaginarios, aunque en alguna medida quedan los suficientes como para despertar reminiscencias frente a evocaciones de viejas pérdidas significativas. Esto plantea los límites a la elaboración posible del duelo y de cualquier real por vía simbólico-imaginaria. No obstante, como alternativa general para este tipo de dilema, vemos la sublimación como vía de expresión *lícita*, en cuanto legalizada, de la pulsión que no resigna su objetivo, aunque para sublimar la condición es que esté vigente la represión.

Por ende, los parámetros clásicos de privación (algo en lo real que no se tiene), frustración (reacción yoica imaginaria por intolerancia a que eso no se tenga) y castración (la inscripción simbólica de esa falta) son pasos que de alguna forma se reiteran en cualquier proceso de asunción psíquica de lo que se le impone vivir a un sujeto.

A modo de síntesis, el duelo es un trabajo en el que se ponen en juego las experiencias previas de duelos anteriores para resolver algo actual: una falta en lo real. Curiosa expresión, ya que en lo real no falta nada; es la simbolización la que marca la falta. La afirmación de que en la biblioteca falta un libro solo es factible de hacer basándose en el catálogo, en una secuencia en algún orden establecido, que se mencione un vacío aun habiendo un lleno de libros, en una comparación perceptiva con otra situación percibida antes, pero cualquiera sea la lógica que permita decir que falta, está basada en la simbolización. Esto lleva a Freud (1925a/1976) a plantear, dentro de la incipiente asunción de un orden simbólico en los niños, que la percepción de la falta de pene en la mujer da fundamento a la angustia de castración, basado en haberla comparado con el varón, que sí tiene pene.

Pero ¿cuál es la pérdida en un duelo? Muchas veces las pérdidas implican cosas concretas; por ejemplo, proyectos, ideales, la muerte de seres queridos, mutilaciones corporales, etc. Me refiero así a toda la lista de eventos que se suelen relacionar con los duelos. Sin embargo, otras veces se trata de afrontar la falta de recursos para resolver una situación inédita, y esa falta de recursos es vivida como pérdida. Es decir, muchas pérdidas no son de objetos concretos, sino del bienestar. Se trata de una alteración ética de la eficiencia del inconsciente para resolver una cuestión. Una pubertad, un inicio sexual, un nacimiento de un hermano son vividos como pérdida. Se pueden pensar como heridas narcisistas, también como la puesta en evidencia de una falta simbólica que ya existía de modo potencial, pero que se vive como pérdida en ese instante. Impotencia del inconsciente para resolver un acontecimiento, otra versión de *Nachträglichkeit*. Esa falta puede ser abordable, en un intento de elaboración, por mecanismos simbólicos que darán salida por sustitución, compensación, o «cicatrización», que la pulsión dé lugar al deseo como respuesta al objeto perdido. Empero, esto deviene traumático cuando no hay manera de inscribir lo perdido, algo impide el trabajo de duelo y este se torna patológico. Con frecuencia se observan las típicas defensas maníacas frente a esa dificultad (omnipotencia, negación e idealización), aunque lo único que impide que esta falta siga horadando al Yo es una simbolización adecuada —es decir, la posible para esa persona— de lo perdido.

¿Qué es lo que pone fin a un trabajo de duelo? ¿Sería una completa elaboración que supone una restitución *ad integrum*? Sabemos que esto es imposible.

En realidad, el duelo culmina por una operación de juicio de condenación y una cicatriz inefable. Estos modos están previstos y descriptos en los rituales religiosos y culturales del duelo, que exigen tiempos y obligan a abandonar el luto, siendo un pecado o un *exceso* prolongarlo más allá de cierta magnitud. Curiosamente, o no tanto, coinciden los plazos con la evolución de los duelos normales. Algunos duelos se denominan fecundos, y serían los que cambian favorablemente la posición subjetiva por medio de la sublimación y la creación: es lo que se espera de un fin de análisis. Sin embargo, cuando se impone una interrupción del trabajo de duelo, se fuerza algunas veces un desenlace orgánico.

Por lo tanto, la vida implica una sucesión de duelos, que se prefiguran desde aquellos primordiales que crearon moldes, quizás vinculables a los conceptos de fijación y los clichés freudianos (Freud, 1914b/1976). Sobre esa base se abordan los que van aconteciendo a lo largo de la vida, aunque cada acontecimiento tiene sus singularidades, que implican que nunca tengamos una garantía de que los pasos se reiteren del mismo modo o de que un sujeto neurótico no reaccione frente a un duelo particular con cuadros de «locura» o de que un psicótico responda con un estilo de «cordura». Dentro de ciertas reglas de acotamiento de lo que uno es como sujeto, los «dados se vuelven a lanzar», y no sabemos qué cantidad se va a poner en juego. Por supuesto que la respuesta posible no será inhumana, pero dentro del rango de lo humano veremos un deslizamiento factible que va desde la melancolía o la paranoia hasta las alternativas neuróticas. Esto puede llegar a formas inauditas de respuesta frente a una pérdida significativa para cada sujeto o bien ser una oportunidad para un cambio que mejore la vida de esa persona.

En la pérdida no tolerada estaremos en la gama que, en lo social, va desde los suicidios-homicidios kamikazes o musulmanes hasta el nivel de un sujeto con la renuncia exagerada del fracaso ante el éxito. Pero también en esta gama cabe el logro tolerado y superador o la respuesta amorosa genuina en lugar de la venganza. Aunque encontraremos las líneas de la *vendetta* en ciertas culturas que exigen el «ojo por ojo y diente por diente»

como única manera de saldar la deuda simbólica que generó una muerte. Son situaciones muy propicias para que, en lugar de que se produzca un cambio, se ponga en juego la repetición, es decir, que vuelva a acontecer aquello que se pretende como diferente. La repetición se asienta siempre en el punto vulnerable de lo no resuelto simbólicamente, y se suele producir un fenómeno que podemos calificar de siniestro cuando lo simbólico se pone al servicio de la pulsión de muerte.

La repetición va adquiriendo en Freud y en Lacan diferentes significados en el transcurso del desarrollo de sus líneas de pensamiento, pero si los comparamos, hay similitudes. Quizás estas obedezcan a que Lacan sigue progresivamente a Freud a lo largo de su obra y va cambiando en cierta homologación posible tal como Freud fue cambiando. La repetición en Freud es, en un principio (1914b/1976), la tendencia simbólica a que algo que fue inscripto de cierta manera, armando un «cliché», tienda a volver a replicarse como una copia de lo ya inscripto, lo cual sigue siendo así teóricamente más tarde, pero con un cambio: el reconocimiento de que hay un factor nunca inscripto que va a insistir como pulsión de muerte, y ese factor es el que será dominante en la «compulsión de repetición» (Freud, 1925/1976, p. 147).

Lacan también considera primero la repetición como la inercia de la máquina simbólica que tiende a reiterarse, pero en el *Seminario 11* (1964/1986) separa la transferencia de la repetición. Es decir que lo real no solamente mueve la máquina simbólica y es así como irrumpe en la transferencia, sino que conserva su carácter dominante de expresarse por fuera de las posibilidades transferenciales simbólicas, como lo que Freud denomina «compulsión de repetición» como manifestación del Ello que se impone al inconsciente simbólico. Empero, consideremos que la vía expresiva que denominamos siniestra, tanto para Freud como para Lacan, es que lo simbólico se pone al servicio de la pulsión de muerte en el Tánatos freudiano y lo Real lacaniano por vía de lo que Lacan denomina Goce, cuando tiende a imponerse sin tapujos e impedimento simbólico. Por el contrario, lo simbólico puede proveer a la pulsión tanática las herramientas para que esta sea más devastadora, por eso el avance científico no detiene lo destructivo, solamente podría modificarlo una ética que mantuviera la simbolización alejada de lo tanático. Queda por debatir dónde se ubica una ética desligada de una moral convencional o religiosa.

Por supuesto que en la vida de las personas comunes las cosas no son tan espectaculares, pero las pérdidas crean rumbos en su resolución que promueven cambios psíquicos estructurales, para bien o para mal. Vuelvo a enfatizar en que el pasaje por el Edipo es un duelo en el que se ve involucrado de un modo muy intenso el narcisismo, justamente porque desde diferentes enfoques teóricos, el Edipo es temprano (tres a cinco años) o muy temprano (desde el nacimiento) en la vida de las personas. Por ende, el aparato psíquico en germen está gobernado por la orientación yoica narcisista. Freud es muy claro al decir que las decisiones de lo que se va a reprimir sin resolver no serían iguales en un sujeto más logrado. Recordemos el apólogo del oso polar y la ballena (Freud, 1917), cuando intenta dar nuevas oportunidades por vía del psicoanálisis a que los conflictos se reactiven y se encuentren nuevas resoluciones al ser llevados a un mismo medio. Esta sigue siendo la propuesta primordial del tratamiento psicoanalítico, pero es extremadamente significativo que la solución la encuentre el analizante; el analista, en ese sentido, es solamente un promotor de la posibilidad de cambio.

EL ENTRECruzAMIENTO DE EDIPO Y NARCISO EN LA CONFIGURACIÓN DEL FANTASMA

En los grafos lacanianos (Lacan, 1960/1975) sobre el recorrido de la pulsión, en su retorno y después de su incidencia en el mundo circundante, pasando por el imaginario yoico, vemos aparecer la fórmula del fantasma ($\$ \diamond a$). Una de las consecuencias importantes de este dato es que en tanto se pueda configurar la fantasía, se construye la realidad. Es decir que el sujeto del inconsciente consiguió separarse del objeto pulsional por las operaciones de simbolización y ubicarse subjetivamente en el campo de realidad que se haya alcanzado a organizar.

Probablemente sea la tan controvertida realidad donde se den los indicadores clínicos más trascendentes para dar cuenta de la subjetividad alcanzada y sus características. Frente a la carencia de alguna organización mínima de realidad o el testimonio de qué acontece en ella, no podemos discernir frente a qué nos encontramos, en cuanto al mundo que rodea al individuo y a su inserción en él. Esto es válido tanto en la vida corriente de cada uno de nosotros como en el abordaje del relato de quién nos consulta.

El intento de definir la realidad a poco de andar se complica, tanto teóricamente como en la apreciación de lo que estamos viviendo u observando, tal como suele acontecer en psicoanálisis con otras definiciones que se van complejizando. Por de pronto, más bien tendríamos que referirnos a múltiples realidades y no a una sola, ya que son diferentes las que se nos van presentando a medida que nos deslizamos en la vida corriente por la onírica, la del despertar, la del amor, la de la práctica profesional, la de un duelo, la de transferencia cuando acudimos al analista, la filmica, etc. Todas estas realidades son al mismo tiempo la misma y muy diversas. No siempre logramos subjetivizarlas plenamente aunque las estemos viviendo, y algunas veces nos vemos obligados a desmentir, forcluir o negar muchas cosas que en otro momento son evidentes, para nosotros mismos o para otros.

Quizás tendríamos que decir que vemos la evidencias de lo desmentido, lo forcluido o lo negado, así como el estilo de la represión según la modalidad clínica que estemos observando. Estas operaciones van modulando la realidad neurótica, psicótica, perversa o de otras formas clínicas menos encuadrables.

La realidad es obviamente caleidoscópica, aunque como analistas u observadores encontremos lo que siempre es igual o parecido, por más que sea siempre cambiante. Siguiendo a Heráclito, así como alguien nunca se baña dos veces en el mismo río, no se vive dos veces la misma realidad porque esta fluye tanto como el agua del río. Aunque el lecho significativo oriente la pulsión en cauces preestablecidos y lo real sea inamovible, las intensidades y los anudamientos tienen variaciones que inciden en las vivencias frente a los mismos eventos.

También en los diferentes momentos de la vida surgen necesidades e intereses que nos orientan dentro de una misma realidad hacia diferentes cuestiones. No son iguales la infancia, la adolescencia, la adultez o la vejez; los mismos hechos se presentan de un modo muy distinto. Aun frente a la hipótesis freudiana de la inmortalidad del deseo, este nos mueve en diferentes momentos y circunstancias hacia direcciones muy diferentes, incluso en un mismo contexto dentro de una realidad material.

No obstante, ciertas marcas de constitución harán que podamos reconocernos o ser reconocidos por otros. Las fijaciones, la organización simbólica represiva y las cualidades deseantes tienden a determinar estilos

y conductas que hacen que los currículos y los prontuarios tengan mucho valor. Empero, si seguimos la línea que venimos caracterizando a lo largo de este texto, existe un margen de cambio e incluso de que se modifique la inercia repetitiva, aunque probablemente conserve siempre algo inmutable; no debemos olvidar que el cambio se da por lo que un individuo es capaz de hacer con eso.

Eso, en definitiva, es lo real que nos va causando: defino así lo que para bien o para mal nunca es del todo resuelto por lo simbólico y lo imaginario, siendo este real lo que se intenta velar, aunque tenderá a satisfacerse en la realidad como encubridora de esto real.

Lo real a que me refero es el registro lacaniano que se va teorizando como *objeto a* o goce, considerando que si bien es imposible abarcarlo del todo psíquicamente, hay un margen de modulación y satisfacción como para que se logre atenuar y transformar lo que en principio se presenta como padecimiento, para dar lugar al placer. En última instancia, el placer es lo que emerge al poder acotarse el displacer, y quizás sea en virtud de ello que, después de «Más allá del principio de placer» (1920a/1976), se hace necesario invertir el principio de placer-displacer freudiano como principio de displacer-placer. En efecto, el displacer es dominante como expresión de lo que «no cesa de no inscribirse» (Lacan, 1972/1981, p. 114) e insiste como repetición.

Vuelvo a enfatizar en que la sublimación y la creación le pueden brindar una salida a la pulsión sin pretender solo reprimirla, negarla o desmentirla porque, de todos modos, esos mecanismos tienden a ser parciales y fracasar. El hecho de lograr apalabrar la pulsión por vía del deseo sería el paso mínimo inicial como hecho sublimatorio, pero esta debe conseguir modificar en algo el mundo que habitamos para que no quede como un deseo similar al de la experiencia alucinada de satisfacción en las etapas iniciales de la vida. Esta realización pulsional por vía del deseo se manifiesta en cierta obra realizada, algo inventado, lo construido en la vida, sea por vía del trabajo o del amor, y es verificable en los vínculos o la creación artística.

CONCLUSIONES

A modo de conclusión, pensamos que la estructuración psíquica es una respuesta a los imperativos que provienen del cuerpo, el que desde el na-

cimiento se ve convocado por estímulos internos y externos. A partir de las primeras organizaciones autoeróticas y luego narcisistas, el incipiente psiquismo «trabaja» para metabolizar o deshacerse de los excesos inelaborables. Al principio, con cierta inadecuación, predominan hechos alucinatorios e ilusorios además de descargas motoras y afectivas que, dentro de la precariedad de recursos adaptativos, buscan la supervivencia. Luego empieza a modificarse la ecuación inicial en la que lo imaginario yoico comienza pretendiendo ser hegemónico. La organización simbólica y los logros de subjetividad van acotando el Yo y encuentran nuevas soluciones, menos omnipotentes e impotentes. Es un largo camino de avances y retrocesos, deben ceder recursos para dar lugar a nuevos mecanismos; evidentemente, el desarrollo de cada sujeto reproduce la evolución del hombre desde sus orígenes hasta ahora. Probablemente la cría humana no varíe mucho en sus características desde los comienzos de la historia de la humanidad; será más o menos similar, del mismo modo que en cualquier etnia que estudiemos. Pero lo que sí varía radicalmente es el desarrollo simbólico del contexto en el que nace un bebé. Las cualidades culturales son extraordinariamente diversas, y el entorno cultural orienta aparatos psíquicos muy diferentes, por más que los mecanismos psíquicos en algún sentido sigan siendo los mismos. Esto incide en cómo se estructura el psiquismo en cada época, en cuanto a tiempos y modos. Pero destaquemos que las conclusiones que podamos sacar se ven afectadas radicalmente por las diversas maneras de estudiar y pensar por parte de aquellos que investigan al psiquismo, en cada época y enfoque. Nuestra disciplina está fuertemente influida por la subjetividad, y si pretendemos estar dentro del campo psicoanalítico, no es expulsándola que avanzaremos como investigadores y como analistas. No podemos excluir la mirada sesgada que inevitablemente brindan nuestra subjetividad, nuestra cultura y la historia misma del psicoanálisis. Sin embargo, resulta esencial obligarnos a revisar con qué recursos subjetivos analizamos, y eso requiere con mucha frecuencia de un tercero, sea un analista, un supervisor, textos que nos cuestionen o instituciones donde discutamos nuestras supuestas certezas y nuestros saberes. También es importante debatir con otras disciplinas que implican otros saberes y estar dispuestos a escucharlos y modificar nuestro saber alcanzado hasta ese momento.

Los humanos nunca dejan de ser pasibles de ser engañados, ya que desde que comienzan a vivir, buscan y promueven el engaño como herramienta de supervivencia. Basta observar a los miles de millones de feligreses de religiones tan diversas y contradictorias. El Sujeto supuesto al Saber (S.s.S.) como definición lacaniana de la transferencia simbólica —es decir, suponerle un sujeto al saber— no es una propiedad que solo se dé en las experiencias de análisis, rige cualquier organización gregaria y tiende a crear lazos que nos unen alrededor de cualquier creencia, pero también producen un velamiento de aquello que podría ser visto o abordado por otro sistema de creencias. Parfraseando el título de un libro de J. Szpilka, como analistas se trata de «creer en el inconsciente», pero cuidando todo exceso de creencia, ya que el Ello excede al inconsciente, y no todo acto, producción o pensamiento puede ser remitido a algo creíble que signifique la creación de un saber definitivo. Para finalizar, quisiera plantear que suponer que el humano a nivel psíquico está representado exclusivamente por sus capacidades simbólicas organizadas como saber implica parcializar, puesto que dejaría afuera lo más importante, lo inaccesible a un saber y que debe conservar su carácter de enigma. Lo enuncio mediante una expresión condensada a la que apunta un fin de análisis: *Saber de un saber no sabido*. Todo esto se explora en la realidad en la que «habita» el sujeto (Peskin, 2015). ♦

RESUMEN

El trabajo se refiere a los diversos enfoques posibles acerca del modo cómo se estructura el psiquismo humano. Postula lo constitutivo en su evolución diacrónica con relación a los procesos sincrónicos de permanente reconstitución referidos al ciclo vital de una persona y a los momentos teóricos del desarrollo del psicoanálisis. Toma ejes comparativos entre los pensamientos de Freud y Lacan sobre este tema. Repasa diferentes enfoques teóricos y clínicos acerca de aquello que se construye como base del psiquismo y los distintos resortes que intervienen para que este armado sea dinámico. Alerta contra la suposición de un solo factor como dominante, enfatizando en que la multiplicidad de incidencias en estos procesos es el enfoque obligado para no caer en esquematismos. Considera el duelo como ejemplo paradigmático para evidenciar la interacción entre lo constituido y la continua tarea de reconstrucción psíquica. Revisa las limitaciones del saber, incluso el organizado en un inconsciente simbólico, para resolver lo real que continuamente mueve al psiquismo.

Descriptores: DUELO / YO / OBJETO / EDIPO / NARCISISMO / SIMBOLIZACIÓN / OBJETO `A`

Descriptores candidatos: ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA

SUMMARY

The paper deals with the various possible approaches to the way in which the human psyche is structured. It proposes the constitutive quality of its diachronic evolution in connection with the synchronic processes of permanent reconstitution related to the life cycle of the person and the theoretical moments of development for psychoanalysis. It draws comparative axes between the ideas from Freud and Lacan on this issue. It overviews different theoretical and clinical approaches about what is built as the basis for psyche and different resources that make this assembly dynamic. It warns against the assumption of a single dominant factor, emphasizing that considering a multiplicity of incidences on those processes is the mandatory approach to avoid falling into a simplified perspective. It

considers mourning as a paradigmatic example of the interaction between what's constituted and the continuous task of psychic reconstruction. It considers the limitations of knowledge, including the one organized within a symbolic unconscious, to solve the real that is continuously setting the psyche in motion.

Keywords: MOURNING / EGO / OEDIPUS / NARCISSISM / SIMBOLIZATION / OBJECT A

Candidate keywords: PSYCHIC STRUCTURING PROCESS

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1976). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 259-276). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925a).
- (1976). Conferencias de introducción al psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 15 y 16). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916-1917).
- (1976). Duelo y melancolía. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 235-256). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).
- (1976). El sepultamiento del complejo de Edipo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 177-188). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924a).
- (1976). El yo y el ello. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 1-63). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923a).
- (1976). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 70-163). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- (1976). Introducción del narcisismo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914a).
- (1976). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vols. 4 y 5). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- (1976). La negación. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 249-258). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925b).
- (1976). La organización genital infantil. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 141-150). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923b).
- (1976). La represión. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 135-152). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- (1976). Lo inconsciente. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 153-214). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- (1976). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920a).
- (1976). Neurosis y psicosis. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 151-160). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924b).

- (1976). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (Vol. 1, pp. 323-461). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original escrito en 1895 y publicado póstumamente en 1950).
 - (1976). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 15, pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
 - (1976). Recordar, repetir y reelaborar. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 145-157). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914b).
 - (1976). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 18, pp. 137-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920b).
 - (1976). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 7, pp. 109-223). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Lacan, J. (1973-1974). Los incautos no yerran (Los nombres del padre). (Trabajo inédito).
- (1975). El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En T. Segovia (Trad.), *Escritos 1* (pp.99-105). Buenos Aires: Siglo XXI. (Trabajo original aparece como Comunicación, 1949).
 - (1975). La significación del falo. En T. Segovia (Trad.), *Escritos 2* (pp. 653-662). Buenos Aires: Siglo XXI. (Trabajo original aparece como Conferencia, 1958).
 - (1975). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En T. Segovia (Trad.), *Escritos 2* (pp. 755-787). Buenos Aires: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1960).
 - (1981). *Aún*, *Seminario 20*. (D. Rabinovich, J.-L. Delmont-Mauri y J. Sucre, Trads). Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1972).
 - (1984). *Las psicosis*, *Seminario 3*. (D. Rabinovich, J.-L. y Delmont-Mauri, Trads.). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1955-1956).
 - (1986). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, *Seminario 11*. (J.-L. Delmont-Mauri y J. Sucre, Trads). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1964).
 - (1994). *La relación de objeto*, *Seminario 4*. (E. Berenguer, Trad.). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1956-1957).
 - (2008). *De un otro al otro*, *Seminario 16*. N. (A. González, Trad). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1968-1969).
 - (2008). *La angustia*, *Seminario 10*. (E. Berenguer, Trad.). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962-1963).
- Peskin, L. (1994). El espesor de la realidad. En R. Bruno (Comp.), *Historia. Historiales* (pp. 237-259). Buenos Aires: Kargieman.
- (2001). El objeto no es la Cosa. En *Revista de Psicoanálisis*, 58(3), 571-588.
 - (2001). Mesa redonda sobre los fundamentos del psicoanálisis. En *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, 27, 201-255.
 - (2003). *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
 - (2004). *Historia del objeto a*. Recuperado de <http://www.elpsicoanalisis.org.ar/old/numero2/objetoa2.htm>
 - (2006). El diagnóstico psicoanalítico. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, 8, 244-266.
 - (2015). *La realidad, el sujeto y el objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- Szpilka, J. (2003). *Crear en el inconsciente*. Madrid: Síntesis.